



Tropas del Pacto de Varsovia durante las maniobras "Shield 79", en Hungría.

# UNA SEMANA DE PRE-GUERRA FRIA

JOAQUIN RABAGO

**T**ODOS los indicios apuntan a una carta hábilmente guardada en la manga para ser exhibida en el momento oportuno. Y el momento llegó con la cumbre de países no alineados en La Habana. Frank Church, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano y hombre clave para la ratificación por dicha Cámara del Salt II, lanzó la noticia, que fue inmediatamente recogida por la prensa mundial: en Cuba habla estacionados tres mil soldados soviéticos. Todo un escándalo. Y una denuncia un tanto singular viniendo de donde viene: de un país que a su vez mantiene a tres mil hombres uniformados en una base —la de Guantánamo—, que se niega a devolver a los cubanos (1).

Pero la presencia militar soviética en la isla del Caribe le venía a Church que ni pintiparada. Además de contribuir a desprestigiar al país anfitrión de los no alineados, servía para demostrar la firmeza norteamericana frente a Moscú. Podía ser utilizada como chantaje en relación con el Salt II. O los soviéticos abandonan la isla, o no hay ratificación. Y en este caso, la culpa del fracaso del tratado so-

bre armas estratégicas será el Kremlin. Así de claro (2).

La denuncia del senador Church, inmediatamente recogida por el secretario de Estado Cyrus Vance, y luego por el propio Carter, no ha sido en cualquier caso más que una entre las varias noticias relacionadas con el tema de los armamentos que han jalonado los últimos días.

## Kissinger, Haig, Luns y Gía.

También a comienzos de la pasada semana, cien expertos occidentales mantenían, en Bruselas, una reunión patrocinada —siempre se encuentran generosos mecenas para este tipo de actividades— por el Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad de Georgetown, Washington, y el Instituto Atlántico, con sede en París. Entre los participantes, personajes tan inevitables como el general Haig, ex comandante supremo de las fuerzas de la OTAN en Europa, Henry Kissinger, Joseph Luns, secretario general de la Alianza, y Henry Simonet, ministro belga de Asuntos Exteriores.

Ignoramos si el ex secretario de Estado norteamericano, Kis-

singer, fue quien más habló. Fue en cualquier caso el más ampliamente citado por todos los medios. Y entre lo más importante que dijo: el equilibrio estratégico es cada vez más desfavorable a Norteamérica y a Occidente en general, cuyos líderes se están así convirtiendo en fácilmente vulnerables a los chantajes y las presiones de la URSS. Los europeos no deben exigir continuamente de los Estados Unidos garantías estratégicas que ese país no puede ofrecerles a menos de arriesgarse a destruir la civilización. De ahí, la urgencia de sustituir la estrategia de disuasión tradicional, que amenaza indiscriminadamente a la población civil, por otra centrada exclusivamente en blancos militares. Hay que prepararse, esto es, para posibles guerras nucleares de alcance limitado (3). Kissinger iba a rechazar igualmente las tesis de quienes, en Europa, proponían la apertura de negociaciones sobre desarme con los países del Pacto de Varsovia antes de embarcarse en la fabricación de nuevas armas tácticas de tipo nuclear, pues ello significaba, según él, dar ventajas a los soviéticos, que así acrecentarían aún más sus distancias.

(3) Esto es lo contrario de lo que afirmaba Kissinger en 1972, cuando se firmó el primer Salt. La amenaza indiscriminada que representaban las armas estratégicas para la población civil y la industria de uno y otro bloque constituía, según el Kissinger de entonces, la mejor garantía contra una guerra nuclear. Gracias a los nuevos tipos de armas —de cabeza múltiple—, que permitían una mayor maniobrabilidad y precisión en el

El general de cuatro estrellas Alexander Haig estuvo también a la altura que requerían las circunstancias. Los Estados Unidos necesitaban recuperar el liderazgo perdido por la debilidad de las últimas administraciones, y en Europa debía restablecerse el equilibrio nuclear. Era, pues, preciso, desarrollar e instalar nuevas armas capaces de alcanzar blancos militares en territorio soviético, como los "Pershing 2" o los "misiles con motor de crucero", de la General Dynamics.

A ello se oponía una de las cláusulas del protocolo adicional del Salt II, y ya Kissinger había solicitado, en su discurso, que el plazo de dos años establecido en dicho protocolo no fuese ampliado. Condición sine qua non, según el antiguo secretario de Estado norteamericano, para ratificar el tratado estratégico con Moscú.

Haig lanzó también una advertencia en relación con la Alemania Federal. Si la OTAN no lograba proteger satisfactoriamente los intereses de ese país, Bonn, que no deseaba en ningún caso imponer su liderazgo militar a los demás aliados, podría elegir un camino independiente y llegar incluso a abandonar la

disparo, los Estados Unidos adoptaron a partir de 1974 —con James Schlesinger como ministro de Defensa— una nueva estrategia bautizada en inglés "counterforce" y dirigida contra los objetivos militares del enemigo. A diferencia de la "estrategia de disuasión", la nueva estrategia implicaba el estallido de una guerra nuclear y la posibilidad de ganarla (7).

(1) Según la agencia cubana Prensa Latina, los Estados Unidos mantienen un total de 15.000 hombres en sus bases de Cuba, Puerto Rico y Panamá.

(2) Los halcones, que han conseguido ya un incremento del presupuesto norteamericano dedicado a "defensa", así como la aprobación

por la Casa Blanca del costísimo sistema de misiles móviles de cabeza múltiple "MX", aprovecharán sin duda la ocasión para arrancar nuevas concesiones a la Administración Carter, que no puede seguir mostrando signos de debilidad frente a los soviéticos a pocos meses de las elecciones presidenciales norteamericanas.

Alianza. La sombra de una posible "finlandización" de Alemania planeó un momento sobre el discurso del general norteamericano.

## ¿Una bomba nuclear franco-alemana?

Haig enlazaba así con una polémica que había estallado apenas dos semanas antes y de la que había sido vehículo el semanario socialista francés "Le Nouvel Observateur". En sus páginas, dos viejos gaullistas, un político y un general, Alexandre Sanguinetti y Georges Buis, respectivamente, habían abogado por una bomba nuclear franco-alemana ante las perspectivas de un debilitamiento visible del poderío USA y las dificultades de Francia para mantener, como en los gloriosos tiempos del general De Gaulle, un poder de disuasión independiente: la famosa "force de frappe".

Buis y Sanguinetti recogían, a su vez, una idea lanzada por otro militar galo, el teniente coronel Guy Doly, en un libro titulado "Eurosshima", aunque éste había propuesto como aliado nuclear a la Gran Bretaña. Ya en otra obra anterior, publicada en 1977 bajo el título de "Stratégie France-Europe", que le había valido su ascenso de comandante a teniente coronel, Doly había ridiculizado las tesis sobre el "santuario nacional" francés. En su lugar, había propuesto la creación de un ejército europeo bajo mando conjunto y capaz de intervenir no sólo frente a los países del Pacto de Varsovia, sino incluso contra el enemigo interior: la subversión. Doly, que parece compartir las tesis alarmistas del general belga Clouse, según las cuales, en un ataque por sorpresa, las tropas soviéticas podrían cruzar el Rin en cuarenta y ocho horas, propugnaba en "Eurosshima" la creación de una bomba nuclear a compartir por franceses y británicos.

Pero Buis y Sanguinetti desconfían evidentemente de la Gran Bretaña, a la que consideran sin duda como una avanzada de los Estados Unidos en Europa. De ahí que se hicieran eco de la idea de Doly, pero cambiasen de aliado.

Su propuesta de una bomba franco-alemana iba a encender una viva polémica al otro lado del Rin. Uno de los mayores expertos del SPD en materia de armamentos, Karsten Voigt, que fue presidente de los Juntos (Jugendliche Sozialisten) y es hoy diputado del Bundestag, rechazó

de inmediato la idea por provocadora. Los socialdemócratas no eran partidarios de convertir a la RFA en potencia nuclear. En una entrevista publicada igualmente por "Le Nouvel Observateur", Voigt invitaría a su vez a los franceses a abandonar su peligrosa política de autoaislamiento, iniciada en 1966, bajo De Gaulle, para participar en las conversaciones de Viena sobre Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas (MBFR) y en el deseable Salt III, que debe ocuparse por vez primera de las llamadas armas euroestratégicas: "SS-20" y "Backfire", entre otras, por parte soviética; "Pershing 2" y "Cruise missiles", por parte norteamericana.

## El Libro Blanco de Hans Apel

Esta tajante negativa de la Alemania Federal a convertirse en potencia nuclear sería reiterada, a principios de la pasada semana, por el ministro de Defensa, Hans Apel, al presentar en Bonn el Libro Blanco que ha editado su Departamento. En opinión de Apel, Norteamérica constituye una indudable garantía para la seguridad europea, a la que no se puede en ningún caso renunciar. Y a los Estados Unidos corresponde por tanto, el liderazgo político y militar de la Alianza Atlántica. Sin embargo, la protección que ofrece el arsenal estratégico norteamericano —el famoso "paraguas nuclear"— no parece ser en este momento suficiente para los autores del Libro Blanco, quienes insisten en la necesidad de modernizar el armamento nuclear táctico y "euroestratégico" de la Alianza frente a la "amenaza soviética". El Libro Blanco señala la pérdida de la "flexibilidad de respuesta" —capacidad de respuesta atómica escalonada (4)— ante un posible ataque de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Para el caso, ciertamente posible, de que fracasen las negociaciones sobre control de armamentos en Europa, de las que Apel y sus colaboradores se muestran, sin embargo, partidarios, la OTAN debe tener dispuestas nuevas armas de alcance medio, que los países miembros han de comenzar a desarrollar

[4] Se trata de la doctrina Kennedy-McNamara de "respuesta flexible" frente a la alternativa "todo o nada". Fue adoptada por la OTAN en 1967. En realidad, las diversas estrategias elaboradas por los políticos son otros tantos modos de racionalizar y justificar el desarrollo de la tecnología bélica, continuamente impelido por los militares.

desde ahora mismo. La RFA no será, de todas formas, el único país que acoja en su territorio los "Pershing 2" o los "misiles con motor de crucero", y sólo aceptará su instalación si algún otro país, Bélgica y Gran Bretaña, seguramente, siguen su ejemplo.

Mientras Apel exponía en Bonn las dificultades con que tropieza la RFA para cumplir las recomendaciones de la OTAN a los países miembros en el sentido de que deben aumentar su presupuesto de defensa en un 3 por ciento neto, es decir, por encima del índice de inflación, también en la capital británica se hablaba de armamentos.

## Otro informe alarmante

Allí se hacía público el informe anual del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS) sobre "Equilibrio militar 1979-1980". Sus conclusiones no podían ser más alarmantes. La introducción de nuevos sistemas estratégicos soviéticos conducirá en la próxima década a una clara superioridad del Pacto de Varsovia y a la vulnerabilidad teórica de los cohetes intercontinentales norteamericanos. Occidente pierde capacidad defensiva al tiempo que la Unión Soviética aumenta sus efectivos. ¿Ejemplos concretos? El poderío naval soviético se incrementa con la próxima botadura de un nuevo crucero de más de 20.000 toneladas impulsado por energía atómica y de nueve grandes submarinos nucleares tipo Delta 3, armados con misiles, así como de un segundo portaviones de la serie Kiev, que ha entrado recientemente en servicio en la Flota del Pacífico. Mientras que las tropas USA en Europa se han reducido en 46.000 hombres con respecto a 1978, la URSS ha aumentado las suyas en 20.000. Las fuerzas del Pacto de Varsovia disponen de 10.000 cañones, morteros y lanzacohetes, frente a 2.700, por parte de la OTAN. Y la superioridad del Pacto es también manifiesta en cuanto al número de carros (20.500 frente a 7.000) y de aviones de combate (4.055 y 2.385, respectivamente).

Sin embargo, ni siquiera los autores del informe pueden por menos de reconocer que en absoluto resultan comparables la maniobrabilidad y capacidad de carga de los aviones de una y otra parte, o la complejidad de los sistemas de detección y alarma, y que, frente a los muchas veces obsoletos carros soviéticos, la OTAN dispone de efi-

cacísimas armas antitanques como los cohetes "Hot", "Milán" o "Tow", el helicóptero "PAH-1" o el "A-10 Thunderbolt", un nuevo avión acorazado norteamericano que ha entusiasmado a los expertos más exigentes.

Es la eterna y casi bizantina discusión sobre cantidad y calidad de los armamentos y sobre las intenciones agresivas o defensivas de la Unión Soviética frente a la Europa Occidental. Hay quien piensa —como el que firma este trabajo— que esos tanques que parecen quitarles el sueño a los expertos de Occidente sirven más bien para, llegado el caso, obstruir las calles de Praga o Budapest y aplastar revueltas populares que para lanzarse camino del Rin en un "blitzkrieg", a todas luces suicida.

Y que, como demuestra la historia europea de las últimas décadas, todo endurecimiento del Pacto de Varsovia desde su misma creación en 1955 —año, no lo olvidemos, en que la RFA se incorpora a la OTAN— ha sido respuesta a algún movimiento previo de Occidente.

## El fin de toda política

Todas esas declaraciones alarmantes a que nos hemos referido se producen efectivamente en un momento crítico: el Salt está en el alero y las conversaciones de Viena sobre Reducción Equilibrada de Fuerzas no salen de su vía muerta. Parece una estrategia perfectamente calculada para frustrar el inicio de nuevas negociaciones cara a un tercer Salt que tomara por fin en cuenta las armas de la llamada "zona gris" que amenazan a Europa.

Recientemente, el presidente de la Internacional Socialista, Willy Brandt, hablaba de una nueva guerra fría. Estamos entrando ya en ella. Es tal vez el clima que necesitan los nuevos gobiernos conservadores de Occidente para imponer a los trabajadores que ingenuamente los votaron sus impopulares medidas económicas. Para ello hay que agitar el espantajo de la amenaza soviética.

Es, en cualquier caso, un camino suicida. Porque si Clausewitz dijo, en célebre frase, que la guerra era la continuación de la política por otros medios, hoy la guerra posible —la nuclear: esa de que tan alegremente hablan los Kissinger, los Haig y compañía— puede significar lisa y llanamente el fin de toda política. ■